

Noviembre, vestido de flores. Diciembre desnuda

*Lina María Parra Ochoa*

---

Era de otra época, del siglo antepasado, vivía perdida en el campo, junto al lago. Tenía el pelo largo, quemado por el sol, desordenado por el viento, enredado con hojas de árboles y hierba seca. En la fotografía se veía rubia y distraída, pero tan solo apenas, la chaqueta de traje negra que usaba casi siempre cuando se sentía elegante cubría su delgadez extrema hasta desaparecerla y desaparecer sus brazos y la mitad de sus muslos. El resto del tiempo se la pasaba con vestiditos de verano con flores bordadas o en ropa interior o simplemente desnuda. La fotografía, en blanco y negro, era de hace algunos días solamente pero ya estaba enmarcada y colgada en la sala, junto con las otras cientos de fotos de días comunes igualmente exhibidas; todas eran la misma, ella frente a la cámara con los ojos abiertos, con los ojos cerrados, con un cigarro en la mano o un vestido demasiado grande, pero siempre en silencio pues, aunque las fotografías carecen de sonido, nunca en su rostro retratado se reflejaba la idea más mínima de palabra, de risa, de llanto, de voz.

Solamente tenía voz cuando estaba sola y podía hablar por horas con el espacio vacío a su alrededor sin necesidad de estar loca, sin imaginar que alguien más la escuchaba, solo por hablar y gastar la voz y poder decir algo. Oía la misma canción una y otra vez hasta sabérsela de memoria y la cantaba

siempre a todo pulmón, claro, solo cuando estaba sola. Era noviembre, un día un poco gris, como los días de noviembre en las películas, y estaba sentada arreglando una manga rota de su chaqueta con puntadas torpes y disperejas en hilo rojo, oía “El Cascanueces” con todo el volumen que su equipo podía soportar y arrastraba por la casa un largo vestido de flores verdes. Nunca tenía mucho sentido lo que vestía, o las listas de música que hacía para el día entero, canción por canción controlando el tiempo para no tener un minuto de silencio; ese día era solo Tchaikovsky, otro día despertaba sintiendo más a Janis Joplin o queriendo escuchar puro folklor latino.

Después de terminar su chaqueta la dejó colgada en un perchero al lado de la puerta donde solo colgaba esa chaqueta y absolutamente ninguna otra, se puso unas botas cafés de cuero sin medias y salió a la huerta que tenía detrás de la casa. Mas que una huerta parecía un lodazal de donde salían algunas ramitas verdes, zanahorias deformes y algunas papas y con una palita de metal se puso a escarbar, no muy conocedora del arte de la jardinería simplemente hurgaba la tierra sacando sin misericordia raíces y tubérculos a medio crecer. No lo hacía por gusto ni por deber alguno, simplemente se había habituado a realizar actividades pequeñas e insulsas como las de las viejas damas nobles europeas que paseaban a sus perritos falderos, sembraban rosas en el jardín y organizaban citas para tomar el te. Antes no estaba sola, su hermana menor le hacía compañía en la casa de campo donde las habían dejado vivir. Grande y oscura, llena de muebles viejos y cortinas la casa parecía querer tragárselas, por eso se la pasaban casi siempre en los jardines, con los perros y los gatos y los periquitos que habían escapado de sus jaulas. Pequeña y delgada había sido su hermana, clara como la leche y llena de ideas absurdas, se pegaba las plumas caídas de los pájaros en la piel y hacía nidos de paja sobre las camas para dormir. Un día decidió colgarse de la rama de un árbol y allí se quedó, inmóvil, meciéndose con el viento hasta desaparecer.

Mientras noviembre avanzaba el frío penetraba cada rincón de la casa y los perros se inquietaban mucho en las tardes, haciendo desastres en el jardín.

En época de invierno casi nadie venía a la casa a traer comida y ella debía quedarse sola muchos días comiendo muy poco y compartiendo con los perros; los gatos terminaron por comerse a los periquitos. Empezó a pasar menos tiempo afuera y más en la casa y con ella todos los animales, el jardín fue dejado en el olvido y por su propia voluntad decidió crecer sin control, formando una pequeña jungla que se asomaba hacia el interior de las ventanas. No pasó mucho tiempo hasta diciembre, sus fotografías eran cada vez más oscuras por falta de la luz solar y ella siempre estaba desnuda, sobre las camas o en los muebles, cada vez más con los ojos cerrados. Dormía mucho en camas con postes y cortinas gruesas, llenas de sabanas revueltas y humadas por el frío, sucias y polvorientas. Dormía con los perros para calentarse un poco entre sus cuerpos grandes de sabuesos y mientras más días pasaban en diciembre menos comía ella y nada comían ellos. La casa empezó a perderse en la oscura inexistencia del invierno y la puerta de la habitación solo daba paso a un corredor helado, negro, invisible. La sala quedó en el olvido con los miles de libros sin leer y las gafas viejas de su padre, también la chaqueta negra elegante y la palita de metal y el árbol de su hermana. Después de una tormenta fue tomada la última fotografía, había en ella una niña desnuda, de doce años, con el pelo largo hasta la cintura, que dormía sobre un sofá junto a la ventana mientras unos perros se la comían despacio. e



*Fotografía de Sally Mann. "Dog scratches".*